

## Héctor Rodolfo “Piky” Novaro

No puedo recordar exactamente cuándo comenzó mi amistad con “Piky”; solo puedo decir que se inició en el mismo acto en que nos conocimos... tendríamos 15 años. Y tengo que decir que para mí Héctor Rodolfo Novaro representó el exponente máximo de la rectitud y profesó un culto especial a la amistad; por eso, me honra haber sido su amigo por más de 60 años.



Cursó sus estudios en el Colegio Champagnat de la Ciudad de Buenos Aires, habiendo sido el único caso en la historia de ese colegio que obtuvo ininterrumpidamente en ambos ciclos la medalla de oro de todos los años. Ingresó en la Facultad de Ciencias Económicas, pero en ese momento se presentó la sorpresiva enfermedad de su padre, que lo decidiera a comenzar su carrera de escribanía. Es así que, junto a los hoy escribanos Cafferata, Forn y el recordado Ricardo Ortiz de Rozas, iniciamos la carrera en la Universidad de Córdoba. “Piky” se adscribió al registro de sus mayores y luego asumió la regencia del Registro Notarial 177.

Sería redundante destacar sus aptitudes personales. Por eso, solo puedo decir que fue un profesional intachable y que dedicó su vida a nuestro Colegio de Escribanos, ocupando diversos cargos en el Consejo y en diversas comisiones. “Piky” fue un hombre de consulta, tanto en el aspecto profesional como el humano, por su sentido de equidad, de justicia y, sobre todo, por su calidez y generosidad.

El 25 de julio pasado a la madrugada nos abandonó. El llamado de su hijo en horas de la mañana, anunciándome su fallecimiento, me hizo enmudecer y generó en mi vida un vacío difícil de llenar. Estoy seguro de que lo mismo les sucede a to-

dos sus familiares, amigos y colegas que tuvieron el privilegio de compartirlo, porque "Piky" desparramaba amistad, afecto, simpatía, optimismo y contagiaba con sus ganas de vivir.

Susana Caturegli, su dilecta amiga, me instó a escribir estas líneas, en las que consideré que era fundamental transmitir a los colegiados no solo mi opinión sobre él, sino también oír a otros colegas con quienes había compartido cargos en distintos organismos del Colegio. El escribano Carlos Novellino se expresó así:

Un señor, un caballero, un gentilhomme, un amigo, un hermano. Compartí con él inolvidables momentos que comenzaron en aquella memorable Comisión de Gestiones Administrativas en el año 1963, en la cual, bajo su presidencia, tuve el honor de ser su secretario y ver la importante gestión que realizó, logrando jerarquizar y hacer funcional una comisión muy importante para el notariado. También lo acompañé posteriormente en el Consejo Directivo del año 1973, donde su palabra era escuchada con atención por el respeto que siempre imponía [...] Sigo admirando su palabra justa, en el momento justo y sin levantar la voz. No sólo era atildado en su vestimenta, sino también en su lenguaje y en sus gestos. Fuera de época, fue un *dandy* del notariado. "Piky" querido, mi amigo y mi hermano.

La escribana Susana Caturegli, unida al escribano Novaro por grandes lazos de amistad personal y de sus familias, como secretaria de la Fundación del Colegio de Escribanos durante su presidencia, nos da una visión sobre su actuación:

Corresponde sin duda alguna recordar la gestión del escribano Novaro como presidente de la Fundación del Colegio de Escribanos. Su sola presencia generaba calidez y compañerismo entre los integrantes del Consejo.

Acompañado por colegas entrañables, fue un entusiasta generador de propuestas y proyectos que ayudaban a la comunidad notarial [...] Su don de caballero fue signo fundamental de su paso por la Fundación, intensificando un profundo sentido de la amistad en todos los que lo acompañaron...

El escribano Federico España Solá fue su compañero en el Tribunal de Ética y lo recuerda en esta forma:

Larga era mi amistad con el escribano Héctor R. Novaro, amistad que venía de nuestros padres, quienes, siendo estudiantes,

escribieron juntos un libro, *Elementos sobre derechos reales*, circunstancia que a “Piky” le gustaba recordar [...] Compartimos infinidad de buenos momentos con nuestras respectivas familias y muchas horas como colegas, en el Colegio de Escribanos [...] Cuando empecé a escribir estas líneas a pedido del escribano Alberto Allende Iriarte, quien me convocó para hacer una semblanza de “Piky” como miembro del Tribunal de Ética de nuestro Colegio durante el período en que yo presidí dicho Tribunal –años 2002-2004–, sentí que era tanto lo que habíamos vivido y compartido juntos que me iba a resultar un verdadero esfuerzo circunscribirme a lo solicitado. En aras a la brevedad, intentaré hacerlo. El escribano Novaro, amén de una conducta profesional intachable, tenía una cualidad, un don, que hacía de él un miembro innato de ese Tribunal. Su temperamento, por naturaleza calmo, mesurado y en extremo amigable, y el hecho de ser amigo y conocido de infinidad de colegas hacían de él la persona indicada para intervenir en aquellos problemas originados en conflictos suscitados entre colegas, para acercar posiciones y encontrar su solución.

El presidente honorario de nuestro Colegio, escribano Julio Aznárez Jáuregui, amigo muy íntimo del escribano Novaro durante más de 40 años, lo recuerda en esta forma:

Corría el año 1972, y el escribano Antonio J. Llach preparaba la formación del Consejo Directivo que habría de presentar en las elecciones inmediatas. En ese consejo fuimos invitados a integrarlo como vocales suplentes el escribano Héctor Rodolfo Novaro y el suscripto. Las elecciones respectivas nos dieron el triunfo. Fue así que nos conocimos. La circunstancia de una natural coincidencia entre ambos sobre distintos aspectos hizo nacer una amistad que fue consolidándose a través del tiempo [...] Más allá de la amistad y del afecto que me unían a Novaro [...], el Colegio de Escribanos de la Ciudad de Buenos Aires y la sociedad porteña han perdido con su muerte una figura distinguida y noble que no será fácil reemplazar. Novaro cumplió con verdadera dedicación los cargos que le confirieron, cosechando no solo el respeto de quienes colaboraban en sus distintas funciones sino también el afecto y la simpatía de sus colaboradores [...] Finalmente, diría que Héctor Rodolfo Novaro vivió su vida “de tal suerte que vivo queda en su muerte”, tal como reza la frase heráldica.

A las 11 de la mañana del día siguiente a su fallecimiento, se congregó una multitud en el Cementerio de la Recoleta para despe-

dir a "Piky": sus familiares, sus amigos, sus colegas, sus compañeros del rugby y del golf, y muchos socios de los clubes a que pertenecía. Terminado el responso religioso, hizo uso de la palabra el presidente del Colegio, Carlos D'Alessio. Luego, lo hizo su amigo Mario Zinny, con una cálida alocución llena de cariño y respeto. Su mujer, María Teresa Salgado, su fiel compañera, lo recordó con emocionadas palabras, resaltando sus virtudes de esposo y padre. Finalmente, su hijo, el escribano Agustín Novaro, se refirió a su padre en palabras sencillas e intimistas, relatando hábitos, modos y costumbres de su vida diaria.

Luego, nos dirigimos a la bóveda familiar, con profunda tristeza y lágrimas en los ojos. Mientras avanzábamos para dar el último adiós al querido amigo, nos parecía oír una música: era su fiel amigo Del Pino, el maestro virtuoso del acordeón, quien, en la puerta de su última morada, hacía sonar los acordes de los tangos predilectos de "Piky".

Así despedimos a un probo escribano, un gran amigo, un gran caballero, un porteño cabal y, al decir de Carlos Novellino, "un *dandy* del notariado".

ALBERTO ALLENDE IRIARTE